

Arthur Conan Doyle  
**Cuentos góticos completos**  
(1880-1922)



Aunque fue sin duda Sherlock Holmes quien le dio su fama y su lugar en la historia de la literatura, Arthur Conan Doyle se sentía un poco molesto por esa identificación tan absoluta con el relato detectivesco: de hecho, él siempre quiso que se le recordara como novelista histórico. Pero fue el género gótico el que quizá ocupó más ampliamente su imaginación.

Darryl Jones ha reunido en este volumen sus *Cuentos góticos completos*, treinta y cuatro piezas que, de 1880 a 1922, revelan la original contribución a ese género que acabó sacando a la luz algunas de las obsesiones y tensiones no resueltas de la cultura victoriana: la posibilidad de que lo familiar se convierta en monstruoso, el temor a una venganza colonial que destruya el Imperio británico, la existencia de espíritus más allá de la muerte que se comunican con los vivos, la duda —en fin— de que el pensamiento científico y racional sobre el que se asienta la sociedad pueda explicarlo todo. O quizá lo siniestro y lo infame formen parte de la misma naturaleza. Con prudencia, casi con la seguridad de que no van a ser creídos, muchos de los narradores de estos cuentos exponen su testimonio de misteriosas desapariciones, malignas influencias hipnóticas, llamadas irresistibles al suicidio y a la muerte, animales grotescos, unicornios furiosos, momias que vuelven a la vida, objetos que conservan escenas truculentas del pasado que ciertos espíritus sensibles pueden reconstruir...

Una colección extraordinaria de personajes y tramas de la mano de uno de los escritores más imaginativos de la literatura británica.

## INTRODUCCIÓN

*Los lectores que no conozcan estos relatos quizá prefieran leer esta introducción al terminar el libro.*

Arthur Conan Doyle es, en Gran Bretaña, el mayor escritor de género de todos los tiempos. En el curso de su larga y prolífica carrera cosechó una enorme popularidad y el aplauso del público, además de cierta influencia política, el título de sir, unos ingresos importantes y, hacia el final de su vida, no poco ridículo y desprecio. Tenía una personalidad arrolladora: era un hombre grande, orgulloso de su físico — se definía como «fuerte y activo»<sup>[1]</sup>— y de notable inteligencia, con una energía infinita y una confianza en sí mismo inquebrantable. Puso estas cualidades al servicio de diversas actividades, en especial la literaria, de la que nos dejó una abundante cantidad de muestras en una asombrosa variedad de géneros.

Los escritores no son siempre los mejores jueces de su propia obra. En un grado muy significativo, Doyle debe su éxito y su fama a la creación de Sherlock Holmes, un personaje literario verdaderamente inmortal, famoso en el mundo entero y con una aceptación comercial que no da señales de declive. Doyle es incuestionablemente uno de los escritores de literatura criminal más importantes de la historia. Sin embargo, Holmes se convirtió con el tiempo en una fuente de malestar para su creador, convencido de que su verdadero talento estaba en otra parte. En su opinión, su obra más perdurable había que buscarla en el género de la

ficción histórica. Repasando su carrera, en su autobiografía de 1924 titulada *Memorias y aventuras*, Doyle señalaba sus novelas históricas ambientadas en el siglo XIV, *La compañía blanca* (1891) y *Sir Nigel* (1906), como «lo más completo y convincente que he hecho en la vida. Todo encuentra la horma de su zapato pero creo que, si nunca hubiera tocado a Holmes, que ha tendido a eclipsar mi trabajo superior, ahora ocuparía un puesto de mayor autoridad en la literatura»<sup>[2]</sup>.

Además de su enorme éxito como autor de literatura criminal y de esta trayectoria ligeramente frustrada como novelista histórico, Doyle fue también un gran narrador de aventuras imperiales, sobre todo con la primera novela de su profesor Challenger, *El mundo perdido* (1912). Escribió también relatos de piratas (la serie del capitán Sharkey) e hizo una distinguida aportación a la literatura deportiva con sus relatos de boxeo. Si bien es cierto que una mezcla de clamor popular y sabiduría económica le hizo volver intermitentemente a Holmes a lo largo de su carrera —reconociendo de mala gana: «No quiero ser desagradecido con Holmes, que ha sido un buen amigo en muchos aspectos»<sup>[3]</sup>—, hubo un género que cultivó sin interrupción con gran entusiasmo. Arthur Conan Doyle fue una de las principales figuras del gran período histórico del relato gótico<sup>[4]</sup>.

Despreciado en buena parte del siglo XX como una versión barata del melodrama popular, el género gótico (o de terror) se ha entendido en las últimas décadas como un importante medio de expresión para expresar la incertidumbre y la angustia<sup>[5]</sup>. Con sus características tensiones entre pasado y presente, entre naturalismo científico racional y lo irracional y sobrenatural, entre centro y periferia, entre campo y ciudad, el género gótico condensa muchas de las preocupaciones de Doyle<sup>[6]</sup>. Le facilitó un vehículo con el que expresar su identidad nacional dividida y su doble conciencia. Dio forma a su preocupación, imposible de expre-

sar en el discurso público oficial, por la misión moral del Imperio británico. Le permitió explorar, desde los comienzos de su carrera literaria, las posibilidades de la metafísica y los estados emocionales extremos rechazados en el marco de la economía realista de la literatura ortodoxa. «En nuestros informes policiales vemos el realismo llevado a sus límites extremos», insinúa el doctor Watson<sup>[7]</sup>. El relato gótico permitió a la imaginación de Doyle aventurarse incluso mucho más allá de estos límites. Los cuentos incluidos en este volumen abarcan la panoplia completa de las inquietudes típicas de la imaginación gótica victoriana: espiritismo, fenómenos sobrenaturales y el mundo oculto; la realidad colonial, la egiptomanía y el pánico al peligro amarillo; horrores médicos y quirúrgicos; relatos psicológicos de locura, obsesión y asesinato; historias de premoniciones y fenómenos inexplicables.

Doyle tuvo la suerte de escribir en una época en que el mercado literario era especialmente receptivo a las facetas de su talento personal. La hegemonía de la novela clásica victoriana «mastodóntica» se derrumbó estrepitosamente en la década de 1890: en 1897 el número de novelas en tres volúmenes publicadas anualmente en Gran Bretaña se había reducido a solo cuatro títulos<sup>[8]</sup>. La novela en tres volúmenes fue el producto distintivo de una eficaz alianza entre editores y libreros para mantener artificialmente alto — hasta que resultó insostenible— el precio de las novelas. Sobre el vacío que dejó la desaparición de la novela en tres volúmenes floreció una abundancia de nuevas publicaciones periódicas, principalmente la *Strand Magazine* (fundada en 1891), pero también *The Idler* (1892), la *Pall Mall Magazine* (1893, nacida de la *Pall Mall Gazette*, fundada en 1865), *The Windsor* (1895) o *Pearson's* (1896) entre muchas otras<sup>[9]</sup>. Dirigidas abiertamente a un público popular, estas revistas fueron el vehículo principal para el desarrollo y la publicación del género del relato. Es más, la *Blackwood's*

*Edinburgh Magazine*, la primera de las grandes revistas del siglo XIX, fundada en 1817, no tardó en encontrar un lucrativo mercado para el género de terror sensacionalista, un mercado que se prolongó a lo largo de todo el siglo al calor de la floreciente cultura de las publicaciones periódicas y que creció con la avalancha de nuevas revistas en la década de 1890<sup>[10]</sup>.

Doyle estableció una relación muy estrecha con las revistas. Debe su éxito principalmente a *Strand Magazine*. Su agente literario, A. P. Watt, envió uno de sus cuentos, «La voz de la ciencia», a Herbert Greenhough Smith, editor de la recién fundada publicación. El relato en cuestión se publicó en la tercera edición de *Strand* (marzo de 1891) y supuso el comienzo de una larga y fructífera colaboración entre el autor y la revista<sup>[11]</sup>. Cuatro meses más tarde, en julio de 1891, *Strand* publicó la primera aventura de Holmes, «Un escándalo en Bohemia», y Arthur Conan Doyle se convirtió en una celebridad literaria. No menos de quince de los cuentos incluidos en el presente volumen vieron la luz por primera vez en *Strand*. La inmensa mayoría de los demás —menos uno, concretamente «La tercera generación»— se publicaron en *The Idler*, *Pearson's*, *Cornhill Magazine* o en alguna de las múltiples revistas y periódicos de la época. Al escribir sus cuentos góticos para publicaciones periódicas, Doyle estaba prolongando una importante tradición literaria decimonónica.

Al tiempo que se labraba un nombre como escritor, Doyle se convirtió igualmente, con mucho empeño, en una figura pública, de una manera que sugiere la gran importancia que concedía a la idea que el propio autor tenía de sí mismo, hasta ocupar un lugar de influencia reconocido en la esfera pública. De hecho, como señala Douglas Kerr, Doyle bien puede haber sido «el último escritor nacional britá-

nico»<sup>[12]</sup>. Fue, en primer lugar, un comprometido corresponsal de prensa. Tal como afirman los editores de sus cartas, John Michael Gibson y Richard Lancelyn Green: «Es probable que ningún otro escritor haya mostrado con anterioridad un abanico de intereses tan amplio, ni creído con tanto fervor en su talento para captar la sensibilidad de la sociedad, y por tanto en su derecho a tratar temas de lo más diverso»<sup>[13]</sup>. Su primer cuento publicado, «El misterio del valle Sasassa», apareció en *Chambers's Magazine* en septiembre de 1879, el mismísimo mes en que el *British Medical Journal* publicó la primera carta del autor: un documento extraordinario en el que el estudiante de medicina Arthur Conan Doyle, a sus veinte años, analiza el resultado de una serie de experimentos personales después de envenenarse sistemáticamente con gelsemio («un paralizador del movimiento», entre cuyos efectos figuraban «dolor de cabeza, con diarrea y una lasitud extrema»<sup>[14]</sup>).

Aunque fortuita, la publicación simultánea del relato y la carta no se dio exactamente por casualidad, ya que Doyle había entendido que escribir ficción y adoptar posiciones públicas eran actividades relacionadas y que se favorecían mutuamente. Desde 1879 hasta su muerte en 1930, se dio el gusto de transmitir, con gran seguridad y a un público masivo, su opinión sobre una amplia variedad de asuntos ante los que generalmente adoptaría una postura intransigente. El Estatuto de Autonomía de Irlanda, la Ley de Enfermedades Contagiosas, la Guerra de los Bóeres, la religión organizada, el proteccionismo comercial, las milicias voluntarias, el cuerpo de fusileros montados, las matanzas del Congo, la conveniencia de construir un túnel en el Canal de La Mancha, las atrocidades cometidas por Alemania en la Primera Guerra Mundial, la necesidad de tomar represalias contra los ataques con zepelín y la realidad del espiritismo. En estas y otras muchas cuestiones, la opinión pública británica jamás dudó de qué pensaba Arthur Conan Do-

yle. De hecho, fue un político frustrado que en dos ocasiones, en las elecciones de 1900 y 1905, intentó sin éxito acceder al Parlamento a través de la candidatura del Partido Unionista Liberal de Escocia, y aprovechó su fama como plataforma para expresar su visión política y social.

Sin embargo, la habitual confianza que mostraba en sus pronunciamientos públicos escondía, puede que deliberadamente, algunas contradicciones. Uno de los rasgos más fascinantes de Doyle es que era un individuo en profundo conflicto personal, incluso escindido. Siendo médico de formación y plenamente consciente de la importancia del naturalismo científico, con el personaje de Sherlock Holmes se convirtió en el creador del mayor racionalista de la literatura: un brillante exponente del empirismo (dispuesto, como su creador, a experimentar consigo mismo) y materialista convencido. Al mismo tiempo, Doyle sintió una creciente atracción por el espiritismo, del que con el tiempo llegó a convertirse en paladín, al extremo, en opinión de muchos observadores, de caer en una credulidad profundamente dañina para sí mismo. Las instituciones educativas con las que el autor tuvo una estrecha relación expresan asimismo esta dualidad: Doyle cambió la antimodernidad ultramontana de la academia de los jesuitas Stonyhurst por el cientificismo ilustrado de la Facultad de Medicina de la Universidad de Edimburgo. Más adelante recordaría con sentimientos ambivalentes su educación jesuita: «No hay nada que supere el fanatismo y la intransigencia de la teología jesuita o su aparente ignorancia del horror que esta actitud inspira en la conciencia moderna», aseguraba, al tiempo que reconocía de los jesuitas que «en todos los aspectos, aparte de su teología, eran admirables»<sup>[15]</sup>. Su ascendencia católica irlandesa (por las dos ramas de su familia) y su adscripción política al Partido Unionista Liberal entraban en contradicción directa, hasta el punto de que cambió de opinión sobre el Estatuto de Autonomía de Irlanda, que había llegado a apoyar en la década de 1910. Andrew Lycett, uno de sus



biógrafos, encuentra en estas dualidades la clave para comprender tanto al escritor como al hombre, y sitúa su origen en Edimburgo, su ciudad natal, «una ciudad de profundos contrastes que han llegado a tolerarse gracias a un acuerdo muy cuidadoso»<sup>[16]</sup>. Edimburgo es una ciudad casi freudiana en su geografía: una Ciudad Nueva neoclásica, ordenada, racional y planificada, en convivencia con una Ciudad Vieja oscura, laberíntica y, en el siglo XIX, a veces peligrosa, como el consciente y el inconsciente. Edimburgo es la ciudad que inspiró una de las grandes parábolas góticas del ser escindido, la novela de Robert Louis Stevenson, *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, publicada en 1886, poco después de que Doyle se graduara en la Facultad de Medicina de Edimburgo, y es también el escenario de otro de los cuentos de terror de Stevenson en torno a la dualidad entre virtud pública y vicio privado, *El ladrón de cadáveres* (1884). Estos conflictos y dualidades son un elemento central del gótico victoriano, por lo que no sorprende que Doyle sintiera tal atracción por el género y volviera a él con tanta frecuencia a lo largo de su carrera.

La ficción gótica de Doyle busca a menudo paisajes remotos y en los márgenes del orden social británico. Holmes es fundamentalmente una creación urbana. Su sensibilidad es metropolitana de principio a fin: odia y teme la vida rural: «el más pobre y vil callejón de Londres no cuenta con un historial de pecado más escandaloso que la sonriente y bucólica campiña»<sup>[17]</sup>. *El sabueso de los Baskerville* (1902), siempre al borde de convertirse en una sangrienta novela gótica, transforma la remota región de Dartmoor en un lugar fantasmagórico, «como un paisaje fantástico en un sueño»: «todo es posible en el páramo», dice Stapleton, el cerebro criminal<sup>[18]</sup>. Pero esa no fue ni mucho menos la primera visita de Doyle a Dartmoor en la ficción. Uno de sus primeros cuentos, «El disparo ganador» (1883), está ambientado en Toynby Hall, en la misma orilla del «desolado páramo

de Dartmoor, tendido hasta el horizonte». Hasta este escenario recóndito, como atraído por una fuerza irresistible, llega el ocultista y nigromante sueco, el doctor Octavius Gaster, que hace una aparición espectacular a la hora del ocaso, subido a un peñasco, «en un osario» del páramo, donde «el ruido del agua parece el estertor de un moribundo». Gaster es una especie de vampiro: «Algo en sus rasgos angulosos y en la blancura de la cara, combinado con la capa negra que aleteaba desde los hombros, me recordó inevitablemente a una especie de murciélago chupasangre». En sintonía con buena parte de la literatura gótica del siglo XIX, en esa línea que va de *Frankenstein* a *William Wilson*, pasando por *El doctor Jekyll y el señor Hyde* y *El retrato de Dorian Gray*, «El disparo ganador» es un cuento sobre el ser escindido. Gaster recita un conjuro de un antiguo libro de magia árabe que le permite dividir en dos a su rival, Charley Pillar, y hacer que este mate a su doble y así se quite la vida. Es cierto que en el páramo todo es posible.

Un eco explícito del doctor Gaster reaparece con una forma distinta en «El cirujano del páramo de Gaster» (1890), otro relato gótico de ocultistas en los páramos que ya por su mismo título sugiere una relación de similitud con «El disparo ganador». Este es también un cuento que, si no directamente autobiográfico, sin duda entrelaza elementos de la vida de Doyle. Al igual que una pieza ligeramente anterior, «La casa del tío Jeremy» (1887), «El cirujano del páramo de Gaster» transcurre en los páramos del nordeste de Yorkshire, una región que Doyle conocía bien: los dos relatos se sitúan en los alrededores de versiones ficticias del pueblo de Masongill, donde la madre del autor vivió de 1882 a 1917. En «El cirujano del páramo de Gaster», James Upperton, un soldado desmovilizado, vuelve al «inhóspito y azotado por el viento [...] imponente y hostil [...] aislado y solitario pueblecito de Kirkby-Malhouse» buscando soledad para continuar sus «estudios místicos» sobre la posibilidad de descubrir la inmortalidad humana en antiguos textos

egipcios y neoplatónicos. Los vecinos de Upperton —el médico local y su hermosa hermana— han ido al páramo de Gaster para esconder un secreto familiar: su padre, un exhausto médico de cabecera de Birmingham, ha desarrollado una manía asesina y su familia lo ha encerrado allí, lejos de la sociedad. Esta es una grotesca refiguración de la historia familiar de Doyle. Su padre, el artista Charles Altamont Doyle, quizá no tuviera una manía asesina pero era alcohólico crónico, proclive a episodios de trastorno mental y con tendencia, en palabras de Lycett, a un comportamiento «violento y agresivo», y pasó los últimos años de su vida en diversos manicomios, donde se le clasificó oficialmente como «loco»<sup>[19]</sup>. Doyle vuelve en varias ocasiones a la historia de un médico al que se avisa para atender a un loco elegante. En su novela autobiográfica *Las cartas de Stark Munro* (1895), el joven doctor Munro consigue trabajo para cuidar del honorable James Derwent, a quien su enfermedad mental ha convertido en un «grosero malhablado»<sup>[20]</sup>. En la entrevista para el puesto, su futuro jefe insiste en conocer su estatura y su peso, porque el médico elegido necesitará bastante fuerza física para reducir al loco llegado el caso. Este mismo episodio se recicla en el cuento de «El cazador de escarabajos» (1898), sobre un médico recién licenciado que responde a un anuncio en el periódico donde se requiere a un médico «fuerte, resolutivo y con temple» y se hace cargo de un distinguido aristócrata y entomólogo que, una vez más, ha sucumbido a una manía asesina.

Comprensiblemente, Doyle era muy reacio a hablar en público de su padre. En su autobiografía no hace mención explícita al alcoholismo ni a la locura de Charles Altamont Doyle:

La salud de mi padre estaba destrozada; tuvo que retirarse a esa casa de reposo en la que pasó los últimos veinte años de su vida [...]. La vida de mi padre estuvo marcada por la tragedia de las promesas in-

cumplidas y el talento no desarrollado. Tenía sus debilidades, como las tenemos todos, pero también tenía algunas cualidades muy notables<sup>[21]</sup>.

Por razones quizá desconocidas para Doyle, el género de terror, con su capacidad para explorar estados emocionales extremos y para articular indirectamente lo inexpresable, le proporcionó un vehículo con el que indagar las consecuencias psicológicas de la «tragedia de las promesas incumplidas».

En diciembre de 1899, Doyle se encontraba en Hounslow, «en una larga cola de hombres que esperaban para alistarse en el Regimiento de Caballería Voluntario de Middlesex»<sup>[22]</sup>. La Guerra de los Bóeres acababa de estallar en Sudáfrica, y el escritor tenía muchas ganas de alistarse, pero el coronel del regimiento, al ver a un hombre de cuarenta años sin experiencia ni entrenamiento militar, tenía otras ideas. Así, en lugar de servir como soldado, Doyle fue enviado a Bloemfontein a trabajar como médico en un hospital militar habilitado en un hipódromo. Allí tuvo que enfrentarse a un violento brote de fiebre tifoidea que se cobró 5000 vidas: «la muerte en su forma más sucia y más vil [...] la enfermedad causa una contaminación constante, y esta contaminación es sumamente peligrosa; sus efluvios son inmundos»<sup>[23]</sup>.

De vuelta en Gran Bretaña, su primera reacción literaria a esta experiencia no fue, como quizá cabría esperar, un cuento de terror, sino un relato de la guerra, *La gran Guerra de los Bóeres* (1900). El libro fue polémico, entre otras cosas por su justificación de los campos de concentración británicos. Una crítica hostil hizo particularmente mella en el ánimo del autor: «El libro de Doyle parece un texto escrito por encargo o bajo la influencia del Partido Nacionalista Inglés»<sup>[24]</sup>. La respuesta de Doyle a las críticas que recibió el

gobierno británico por su manera de dirigir la Guerra de los Bóeres fue un inspirado ejercicio de propaganda, *The War in South Africa: Its Cause and Conduct*, un panfleto de 6000 palabras que alcanzó una difusión masiva. Doyle supervisó una enérgica campaña de suscripciones para asegurarse de que el panfleto se traducía cuanto antes al mayor número de idiomas, y en febrero de 1902 anunció con orgullo, en una carta a *The Times*, que se estaba traduciendo no solo al neerlandés (por razones obvias, puesto que los bóeres eran los descendientes de los colonos holandeses), sino también al alemán, el francés, el noruego, el italiano, el español, el ruso, el húngaro, el portugués y el galés<sup>[25]</sup>. El éxito de esta campaña —los servicios prestados no a la literatura, sino a la propaganda militar— fue la razón de que el rey Eduardo VII le otorgara el título de sir en 1902.

Puede que Doyle no fuera exactamente nacionalista, pero era imperialista hasta la médula. De hecho, si tuviéramos que elegir la preocupación y el tema principal, recurrente y explícito, de su literatura y su pensamiento, señalaríamos su fe y su apoyo inquebrantables al Imperio británico. «Soy imperialista —escribió en una carta dirigida al *Irish Times* en 1912— porque creo que el todo es más grande que la parte, y estaría dispuesto a sacrificar cualquier parte si creyera que eso va en beneficio del todo»<sup>[26]</sup>. El Imperio británico es la base de la conciencia y la personalidad de Doyle, su identidad nacional y supranacional: «El Imperio no es en absoluto una cosa inglesa. Escoceses e irlandeses han contribuido a su construcción y sienten el mismo orgullo y el mismo interés por su inmenso futuro»<sup>[27]</sup>. En 1924, reflexionando sobre un viaje a Canadá, se refería efusivamente al futuro del Imperio, que «seguirá siendo exactamente tal como es hoy en lo que queda de siglo»:

El imperialismo [canadiense] es tan ardiente como el nuestro, si no más. Y en todas partes se ha tomado

conciencia de la gloria del Imperio, su espléndido futuro y las inmensas posibilidades de esas grandes naciones que crecen bajo la misma bandera y con el mismo idioma y destino<sup>[28]</sup>.

Es incuestionable que la guerra imperial era para Doyle una especie de aventura como las que se publicaban en la revista infantil y juvenil *Boys' Own* (1879-1967). Doyle llegó a darse cuenta de que, en realidad, «la mejor versión del oficial británico era una edición ampliada del alumno de colegio privado»<sup>[29]</sup>. Durante su estancia en Bloemfontein, en la Guerra de los Bóeres, hizo un viaje por el *veldt*, donde encontró el cadáver de un soldado australiano anónimo: «Así encontró su final [...] el hijo de alguien. Lucha justa, aire libre y causa noble: no conozco una muerte mejor»<sup>[30]</sup>. En todas sus cartas, Doyle lamenta sistemáticamente la reticencia del Imperio británico a hacer propaganda de sus valores. Él no era nada reticente y, como ya hemos visto, fue un propagandista de lo más eficaz, convencido de que la literatura era un instrumento muy poderoso. Tanto *La compañía blanca* como *Sir Nigel* son un himno a las proezas militares. Poco después del comienzo de *El mundo perdido*, el periodista Malone, reprendido por su querida Gladys, que quiere amar a «un hombre de grandes hazañas y extrañas experiencias» como sir Richard Burton o Henry Morton Stanley, habla con su editor, y este le dice: «Los grandes espacios en blanco de los mapas se están llenando poco a poco y ya no hay cabida para el romanticismo en ninguna parte»<sup>[31]</sup>. *El mundo perdido* hace explícito lo que muchos textos de Doyle se limitan a dejar implícito: recupera un espacio para el romanticismo en un mapa del mundo cada vez más utilitario.

Pocos años antes de su aventura en la Guerra de los Bóeres, en 1896, Doyle hace un viaje a Egipto y mientras está allí se agencia un pase de prensa para cubrir un levantamiento mahdista en Nubia, «la siguiente aventura que se

nos ofrecía, a nosotros y al Imperio británico»<sup>[32]</sup>. Él ya había tratado el mahdismo en sus cuentos: Bellingham, el villano egiptólogo y ocultista de «El lote n.º 249» (1892), tiene que huir de Inglaterra, por su comportamiento deshonesto, y «la última vez que se supo de él se encontraba en Sudán», posiblemente envuelto en una insurrección mahdista, mientras que los reclutas fenianos de «La bandera verde» (1893) acaban comprendiendo dónde depositar su lealtad y mueren como héroes, defendiendo el Imperio en Sudán. Esta aventura de 1896 ofreció a Doyle un impulso y un material nuevo que se plasmó en la publicación de «Los tres corresponsales» (1896), un relato autobiográfico, así como en la novela profundamente proimperialista *La tragedia del Korosko* (publicada como libro en 1898 pero difundida por entregas en 1897) y en «El debut de Bimbashi Joyce» (1900), otro relato de un soldado irlandés que se hace bueno en Egipto y Sudán. Las guerras mahdistas de la década de 1890 culminarían con la batalla de Omdurman, el 2 de septiembre de 1898, la mayor matanza perpetrada en la historia del Imperio británico, donde el ejército imperial, con ametralladoras Maxim, acabó con la vida de 10 000 soldados mahdistas, muchos de ellos armados únicamente con azagayas. No es así, hay que señalar, como Doyle veía estos acontecimientos:

El árabe de Sudán es un fanático sin remedio que se lanza a la muerte con el frenesí de un loco, y busca el lugar y la ocasión para hundir su lanza en la carne del enemigo, aunque cuando finalmente consiga encontrarlo lleve ya varias balas en el cuerpo<sup>[33]</sup>.

Como señala Lindqvist, fue con el fin de evitar esta condena a muerte de los heridos como se desarrolló la bala expansiva, también «llamada Dum-Dum, por la fábrica de Calcuta donde se producía, y patentada en 1897 [...]. El uso de balas expansivas entre países “civilizados” estaba prohi-